

EL NECESARIO LAVADO DE CEREBRO

Resulta descorazonante la creciente apelación al escepticismo cívico. Si bajo algún aspecto se aprecia ciertamente —como dice Pablo VI— «un retroceso de las ideologías» (*Octogesima Adveniens*), lo que también resulta verdad es que la creciente tecnificación del mundo, el incremento de la automatización y de los procedimientos cibernéticos que nos invaden conducen a una nueva forma de opresión. Y de esta opresión el hombre sólo podrá salir superando la cuadrícula que el escepticismo cívico inducido le produce, ayudado por estos avasalladores métodos organizativos de placentera camisa de fuerza. Placentera esclavitud conseguida con la nueva **fabricación de hombres** a través de las relaciones humanas, las relaciones públicas y las comunicaciones humanas comprensivas.

Nuestro futuro empieza, además, a hacerse inabarcable: no sabemos a dónde vamos, ni sabemos tampoco encauzar los fenómenos económicos, sociales, políticos y culturales que se producen en nuestro mundo. La inflación mundial deja perplejos a los gobernantes, que no saben enfocarla y controlarla con los procedimientos de recibo hasta ahora en el mundo capitalista occidental. El anhelo de participación juvenil a todos los niveles es tolerado o caóticamente ahogado, porque no se sabe aceptar constructivamente este nuevo deseo humano, y unas veces se le quiere aplastar externamente y otras se adopta una postura resignada de dejación que nada resuelve, lo mismo en seminarios, centros de enseñanza o familias.

Además, la creencia de muchos —religiosa o humana— se disuelve porque la conservaban demasiado atada a formas culturales de otros tiempos, y todo lo que hoy se vislumbra en el mundo de la cultura les parece incompatible con lo que engañosamente piensan que es la fe que tenían, y algunos —sobre todo eclesiásticos— entran en una decisiva crisis, porque se les presenta tan inadmisiblemente esta nueva cultura que nace y se impone que les resulta inservible el cuerpo doctrinal anticuado que mantenían celosamente hasta hace pocos años, como si no hubiera otro y como si la fe religiosa no requiriese una continua «metanoia», o transformación radical, para vivirla en todos los tiempos, culturas o civilizaciones pasadas, presentes o futuras.

Por eso, lo que el hombre actual —y en particular el creyente— necesita urgentemente es un «humilde» ejercicio de **lavado de cerebro**.

Pero un lavado de cerebro (que es lo que hoy corresponde a la antigua palabra evangélica «metanoia») no es fácil de realizar, precisamente por la mezcla de escepticismo ideológico en que vivimos y de automatismo racionalizante de cortas perspectivas que nos ha invadido y ha hecho de nosotros un «robot» humano que se mueve por artificiosos motivos, que le esclavizan cada vez más a esta civilización actual, humanamente insatisfactoria.

Hemos creído que estábamos hoy ante un hombre más natural y espontáneo y, sin embargo, cuanto más lo analizamos más artificial lo vemos. El **erotismo** no es una liberación positiva de la libido, como se decía, sino una inducción que interesa a los grupos privilegiados, de poder económico o político, para tenerlos atados a ellos a través de esa satisfacción morbosa; la **llamada participación** —las más de las veces puramente verbal— es una demagógica medida para no cambiar las estructuras actuales del mundo hacia otras que permitan una auténtica organización cooperativa; la **libertad** de la civilización presente es un engañoso sentimiento impuesto por los medios de comunicación social para producir una satisfacción engañosa en el individuo sometido a los móviles consumistas de una sociedad humanamente injusta; el **agglomeramiento**, o puesta al día eclesiástica, es otra falacia para no poder respirar nunca libremente, sino para estar uno sometido —o dictatorial o más democráticamente— a los que pretenden gobernar el mundo espiritual.

No, lo que le hace falta al mundo actual, a los hombres de nuestra sociedad de fines del siglo XX, es un cambio copernicano de perspectiva, un gigantesco **lavado de cerebro** que nos haga ser nosotros mismos de una vez, liberando las fuerzas constructivas del hombre, y poder así llegar a una sociedad nueva, totalmente nueva, me atrevería a decir, que merezca de verdad la pena de ser vivida.

Y el lavado de cerebro requerido tendrá que empezar por instaurar un nuevo reino de la imaginación y de la fantasía contra las fuerzas agobiantes de la razón mecánica. Aplicando, además, esta fuerza creadora a la preparación del futuro, para que no seamos víctimas de los lazos esclavizadores del presente, erigiéndose éste —el presente— siempre en norma última de acción.

Hace falta —como dice el Papa— «imaginación prospectiva», tenemos necesidad de favorecer y aceptar «el renacimiento de lo que se ha convenido en llamar utopías» (Pablo VI, *Octogesima Adveniens*).

A los católicos —consciente o inconscientemente— esto nos da miedo, porque vivimos paralizados por un racionalismo infantil que no se decide nunca a romper los moldes de nuestra raquítica y paralizante rutina mental o práctica.

Debíamos, sin embargo, releer y aceptar los inteligentes y futuristas puntos de vista del pensador y humorista católico inglés Gilbert Keith Chesterton —el único alabado por el filósofo marxista Ernst Bloch en su obra sobre Hegel— cuando hace la apología de la imaginación en el católico, poniéndola por encima de la razón mecánica, que utiliza todavía una lógica infantil que paraliza en nosotros la profundidad de cualquier incipiente renovación.

«Por todas partes se oye decir que la **imaginación**... es un peligro para el equilibrio mental del hombre... Pero semejante juicio queda plenamente rectificado por los hechos y las enseñanzas de la Historia... La fantasía nunca arrastra a la locura, lo que arrastra a la locura es precisamente la razón... Ciertamente, nada hay tan equivocado como la frase hecha con que se designa la locura: la pérdida de la razón. No, el loco no es el que ha perdido la razón, sino el que ha perdido todo, todo menos la razón... El loco se encuentra como metido en una clara y aseada prisión, la prisión de una idea» (G. K. Chesterton, *Ortodoxia*. Obras completas, I. Ed. J. Janés).

Hoy, que vivimos automáticamente por causa de la lógica mecánica del hombre actual, somos —a la luz de una perspectiva humana global— unos anormales, porque estamos adaptados a un mundo humanamente insatisfactorio y no nos damos cuenta de ello. Como dice E. Fromm, el hombre normal de hoy —que es un adaptado a la sociedad en que vive— es un anormal, porque no puede ser plenamente humano al tener que adaptarse a esta civilización actual, insatisfactoria para el hombre.

Ante este problema hay que plantearse la manera de salir de esta esclavitud engañosa y llegar a la conclusión de que sólo nos liberaremos de sus atractivos pero superficiales lazos utilizando una **imaginación prospectiva**, anhelando algo nuevo y radicalmente renovador, barajando posibilidades «imposibles» que llenen nuestro cerebro de nuevas ideas que rompan los moldes de nuestro beato conformismo humano. Para liberarse no hay que confiar demasiado en las barricadas de piedra, sino en el doloroso ejercicio de empezar por romper mentalmente todas las barricadas que nos impiden pensar futurísticamente, y comenzar a vivir así, incómodamente, con lo que tenemos hoy.

Ese debe ser el primer paso y —como empezamos muchos a pensar— todavía en el mundo de hoy no lo hemos iniciado. Por eso vivimos siempre bajo el círculo de hierro de la civilización de la máquina y del que la maneja desde arriba, sin llegar a ser las más de las veces nosotros mismos, sino sólo lo que otros quieren de nosotros.

MIRET MAGDALENA